

# EL IDEAL POLÍTICO.

REDACCION Y ADMINISTRACION.

Plaza de Fontes, núm. 4, cuarto segundo de la derecha.

JUSTICIA, RELIGION, LIBERTAD.

PRECIOS Y PUNTO DE SUSCRICION.

Murcia, 6 rs. trimestre: fuera, 8 id. id. En la Administracion de este periódico.

Año IV. Se publica en Murcia los dias 3, 10, 13, 20, 23 y 30 de cada mes. Núm. 336.

EL IDEAL POLÍTICO.

Murcia 5 de Julio 1874.

¡POBRE ESPAÑA!

¡Pobre España! ¡Pobre patria mia! quien te contempla hoy, y quien recuerda tus pasadas glorias al mirar tu situación! no puede escribirse sobre las causas de tu decadencia sin que la tinta vaya mezclada con lágrimas. Tu perdición, ¡oh España! ha salido de ti misma.

La ruina de un imperio no suele provenir de una sola causa sino de muchas que se van presentando; unas que se producen en el seno mismo de la nacion, que se enevra y se disloca poco a poco, agregándose otras que se forman a mas corta ó mas larga distancia del mismo imperio: y sucede en esto al fin, lo que acontece en una ciudad sitiada por un enemigo poderoso y además devorada, en su interior, por divisiones intestinas de sus habitantes. Falta dentro la fuerza, por que reina la desunion; y mientras el enemigo aprieta el asedio y aplica á los muros las máquinas destructoras y desmorona sus bastiones, los sitiados se devoran mutuamente; y no reinando la union, no tienen fuerza moral para ir todos juntos á la defensa, y el enemigo entra triunfante en la ciudad. Regístrese la historia desde Tito con sus legiones romanas.

La ruina de España tiene dos causas; una que vino de fuera, otra que ha salido de ella misma. El engrandecimiento de esta nacion, consumado poco antes de la aparicion del protestantismo, escitó los celos de las otras, naciendo de ahí la conjuración de algunas contra ella; poco tiempo después apareció el monstruo que imprimiera su inmundá planta en Alemania, en Holanda y en los Países Bajos que no tardará en manchar la Francia y la Inglaterra.

España opuso una barrera insuperable á la malhadada reforma, no permitiendo que pasase los Pirineos, ni que ningún de sus secueces desembarcara en los vastisimos dominios que tenia en los continentes de la América y en las remotas regiones del Asia. Consecuencia de esto fue una doble conspiración; no pocos príncipes que acariciaban demasiado en su corazón la envidia, empezaron á poner en acción una política sagaz, astuta y suspicaz, no perdiendo ocasión de

declararla la guerra, para ver si arancaban á la corona de San Fernando los flórones que se le habian ido agregando en el centro de Europa. Esta política, no es un secreto y por cuanto la conocen todos, no dudaremos consignar los nombres de algunos hombres dignos de respeto, pero que fueron el alma de cuantas tramas se armaron contra la pobre España. ¡Pobre España! ¡Pobre patria mia!!!

Parecería exagerada la relacion de estas conjuraciones contra España, sino atestigüasen su realidad las guerras sangrientas que turbaron á media Europa, desde que se agregaron á los dominios de aquella Nápoles y Sicilia, el Milanesado, la Valtelina, los Países Bajos, Holanda, y Portugal con todos sus dominios, hasta que se dió la batalla de Lens entre imperiales, españoles y franceses en 1647, saliendo estos últimos victoriosos, y á consecuencia de la cual se celebró al año siguiente el tratado de Münster, en el cual se reconoció la independencia de la república holandesa.

Léese el nombre respetable de Richelieu en los consejos de los reyes; pero se vé que la Francia se llama amiga y aliada de España, y al mismo tiempo favorece á los flamencos, á los fúsones y á los holandeses, que se sublevan contra ésta; suscita dificultades en Nápoles y envia tropas que la conquistan, acomete á Cataluña y se apolera de Barcelona, y favorece claramente á los portugueses, para que proclamen al duque de Braganza, por rey de Portugal... Todo esto está consignado en la historia y nadie puede negarlo.

Penosa fué la tarea que España tuvo que imponerse y duras las alternativas por donde pasó por espacio de un siglo: victoriosa en San Quintín, en Gravelinas, en Paya, en Thionville, en Frisia, en Brabante, en Picardia, en Champaña, en Reims, en San Venancio, en la Queuoca, en Mont-anx-Bois, en Mardik, en Rocroy y en Valenciennes contra los franceses; y en Lepanto, en la Goleta, en la Mármara y en otros puntos de Berberia y de Levante contra los turcos, fué vencida en otros encuentros de mar y tierra, viéndose desfallecida, pobre y sin fuerzas la nacion mas grande y más opulenta que cien años antes habia en el orbe. Sucedióle á España lo que acontece á un gigante acometido sucesivamente por muchos enemigos, pues á fuerza de combatir se le debilitan los brazos, teniendo que rendirse al fin, no por falta de valor, sino por cobrar nuevos bríos en el descanso.

¿Y qué nacion resiste á tanto ataque simultáneo en puntos distantes unos de otros, teniendo que acudir

á todos á la vez? Si marchan los tercios castellanos á Flandes para dominar la insurrección de diez y siete provincias, entran los franceses por la Valtelina y el Milanesado, y envian á Nápoles ejércitos invasores: si en Portugal se enarbola el estandarte de la guerra, la Francia no se contenta con favorecer á los sublevados con gente, armas, equis y dinero, sino que acomete abiertamente el Rosellon y entra en Cataluña y la subleva. La política era de intrigas y de maniobras arteras: la guerra se promovía con astucia, haciendo que el fuego prendiese en cuatro ó mas puntos á un mismo tiempo, siguiendo el axioma de dividir para vencer. ¿No habia de decaer la España?—Lo extraño es que aun esté en pié una nacion, contra quien se conjuran todas las demás.—¡Pobre España! ¡Pobre patria mia!

Por otra parte al lado de tanta conjuración hija de la envidia, hubo y hay todavía otra, hija del fanatismo; la rabia y desesperación del protestantismo contra España es increíble. Nada hay comparable á esto en la historia. ¿Dónde encontramos furia como la de Elisabeth de Inglaterra contra España?, juró que habia de destruir á España con sus posesiones, y el protestantismo se hizo solidario del juramento. Esa fué la reina que envió al terrible Drak, más bien pirata que marino para que tomase la ciudad de la Coruña y la saquease y destruyese; ella fué la que lo envió de nuevo á Cádiz para que hiciese lo mismo; ella la que lo envió á las Américas para que asolase las Antillas y Veracruz: ella la que enviaba recursos y fuerzas á los sublevados de Flandes, á fin de que prevaleciesen todos los insurrectos y España quedase aniquilada. ¡Pobre España! ¡Pobre patria mia!

No hay ferocidad sobre la ferocidad del fanatismo; así se vieron entonces conjuraciones contra España, revestidas de un carácter peculiar. La Holanda protestante se dió la mano con la Inglaterra, para infestar los mares, y aniquilar si pudiesen, los dominios de España; de ahí la destrucción por los holandeses de cuantos establecimientos de portugueses habia en Ceilan, y en toda la costa occidental del Indostán: de ahí la destrucción de las costas del Brasil: de ahí el apresamiento de toda nave española que tuviese la desdicha de encontrarse con ingleses ú holandeses en alta mar, su saqueo, su incendio y el asesinato de los tripulantes.

Solo fué capa de tierra, que cubrió seis años la semilla de venenosa sierpe, la restauración del catolicismo para la piadosa hija de Ca-

talina de Aragon, ayudada de su esposo Felipe, del Cardenal Reginaldo Polo y del célebre teólogo español, Domingo Soto. La hija de Enrique y de Ana Bolena, sentada en el trono que ocupará la reina María, no satisfizo su rabia destruyendo cuanto habia hecho la que habia heredado la fé de su madre, sino que convirtió su furor contra España solo por que España tuvo la parte principal en la restauración de la verdad. Abrase la historia, regístrense sus páginas, léase, medítese... y se aprenderá no poco: la guerra siglo por siglo contra nuestra patria, ha sido constante y tenaz; nuestras colonias fueron saqueadas, nuestras flotas perseguidas, no habiendo quedado llena la medida de sus iras, hasta que se concluyó con nuestra marina en el cabo de Trafalgar. Si alguna vez movida por propio interés se hizo aliada de España, veló su auxilio que cubria inicuos proyectos de destrucción de nuestras fábricas y de nuestros monumentos y de nuestras defensas. Así la España vió en la guerra contra el coloso de principios de siglo, que recibia más, daño e i sus intereses materiales, de los auxiliares que de los enemigos; digalo Toledo, Madrid, otras ciudades y por fin toda la costa del Mediterráneo. ¡Pobre España! ¡Pobre patria mia!

El decaimiento de España le ha venido por tanto de causas exteriores, le ha venido de los extranjeros, pero muy especialmente de los pueblos protestantes: como ha sido ella misma por su desunion la que ha motivado su ruina, será objeto de algunas líneas más en otro artículo.

¡Pobre España! ¡Pobre patria mia!

F. M.

Representantes en la prensa de un partido tolerante, justo é imparcial, denunciarnos sin pasión cuantos abusos se cometen, así como tenemos una verdadera satisfacción en aplaudir los actos que creemos dignos de alabanza, sea cualquiera la corporación ó personalidad que se haga acreedor á ello.

Nuestra misión de velar por los intereses materiales de esta capital y provincia así como por todo lo que la enaltezca moralmente, nos inspiran hoy estas líneas para consignar nuestra satisfacción al saber la decisión del ayuntamiento de esta capital, de mejorar el estado del benemérito cuerpo de Zapadores Bomberos contra incendios, debida á la iniciativa de su primer alcalde con la cooperación del presidente de la